

13 AGOSTO 2023
DOMINGO 19-A



1. CONTEXTO

EL LAGO DE GENESARET

El lago de Genesaret, al igual que la depresión del valle del Jordán y mar Muerto, se debe a un hundimiento a finales del periodo Terciario. La superficie del agua del lago, cuando está en su nivel más alto, está a **210 m bajo el nivel del Mediterráneo**, siendo esta la causa de que sus riberas gocen de un clima suave en invierno, sean un paraíso en primavera y horno deprimente muchos días de verano. El caudal de agua procede principalmente del río Jordán y de algunos manantiales que nacen en sus orillas, o bajo la superficie del agua. Tiene **21 km de longitud** N-S y una anchura máxima de **11 km**, siendo su superficie de 166 km² y su profundidad variable de al menos 45 m en algún punto. En él hay abundante pesca, particularmente en la ribera noroeste, siendo el *tirapié*, conocido vulgarmente como “pez San Pedro” el más conocido y el que suelen servir como típico en los restaurantes próximos al lago. Aunque la razón de que se ignoren algunas especies es porque no se ajustan a la pureza legal judía, al **carecer de escamas** (Lv 11,9-12). El mismo Jesús nos deja ver en una de sus parábolas del Reino que los pescadores de su tiempo guardaban esta norma del Levítico (Mt 13,47-48).

La estampa del lago es la de un pequeño mar tranquilo. Pero, a veces, también sus aguas dormidas pierden la calma, al recibir el empuje de los vientos fríos que descienden del monte Hermón, hasta el punto de formarse fuerte y peligroso oleaje. Estas **tempestades** no siempre se extienden a todo el lago, sino que se localizan en áreas muy reducidas pudiendo estar el resto

del lago terso como un espejo y el cielo completamente despejado. No son frecuentes.

En las riberas del lago crece una vegetación subtropical, y aunque hoy hay nuevas especies de árboles y frutales, probablemente son menos que en la época de Jesús. En la antigua tradición rabínica se decía que *“después que Dios creó los siete mares, fue el mar de Galilea el que más amó”*

Cuando Jesús recorría estas riberas, no menos de **diez poblaciones** se bañaban en sus aguas o se miraban en ellas desde el balcón de las colinas que lo circundan. De aquellas ciudades ya no queda ninguna que interrumpa el silencio del lago; o solo la moderna Tiberias, desplazada del solar primero, cuyo nombre recuerda a la ciudad más joven de las antiguas. De las demás conocidas por Jesús, solo pobres ruinas han llegado hasta nosotros. Pero vale la pena visitarlas –por lo menos alguna- e intentar descubrir el misterio que permanece agazapado entre los restos de las paredes de sus casas derruidas. Hoy hay más silencio. Ya no se escucha el eco de su bullicio callejero. Ni apenas el batir de los remos de las innumerables barcas que surcan el lago en todas las direcciones en intenso y próspero comercio. La bajada de las aguas ha permitido identificar las ruinas de no menos de quince pequeños puertos a lo largo de la costa, como el de Gadara, de 200 x 50 m.

Hoy, la belleza de este lago, realizada por el entorno, puede inducir a la meditación. El recuerdo de Jesús de Nazaret y el eco de sus palabras, que aún puede resonar por estos parajes, puede llenar el alma de una sensación intraducible. Pocos lugares hablan tanto del Jesús histórico humano y compasivo que nos retratan los evangelios como este lago. Desde que él pasó por estas riberas y caminó sobre las aguas, nunca más se podrá contemplar con indiferencia y sin sentir el recuerdo del gran maestro itinerante. Es como si, desde el día aquel en el que Jesús *“dejando Nazaret vino a residir a Cafarnaúm, junto al mar”* (Mt 4,13), convirtiéndolo en centro de su actividad misionera, el susurro de las tibias olas del lago continuase transmitiendo el eco de sus palabras.

El lago es **citado 51 veces** en los evangelios: 46 como “mar” y 5 como “lago”, y todas ellas dentro del contexto de la predicación de Jesús o de algunos de los hechos y milagros por él realizados. Y tiene un marco bien preciso: el norte, principalmente **el cuadrante noroeste con su ribera**. Es aquí donde los evangelistas concentran la mayor parte de los hechos y discursos de Jesús.

Fue aquí en esta ribera donde llamó a sus primeros discípulos (Mt 4,18); la pesca milagrosa (Lc 5,1-11); la tempestad calmada (Mc 4,35-40); aquí camina sobre las aguas (Mt 24,34); aquí reúne a la gente enseñándoles por medio de parábolas (Mc 4,1-9); las riberas del lago fueron también testigo de muchas curaciones (Mt 15, 29-31), etc.

2. TEXTOS

1ª LECTURA: 1º REYES 19, 9A. 11-13A

En aquellos días, cuando Elías llegó al Horeb, el monte de Dios, se metió en una cueva donde pasó la noche. El Señor le dijo:

-«Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!»

Vino un huracán tan violento que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego.

Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva.

Elías vuelve al lugar en que el Señor se manifestó a Moisés. Huyendo de la venganza de la reina Jezabel, vuelve en peregrinación a las fuentes del encuentro con el Señor. Tras cuarenta días y cuarenta noches llega al monte Horeb.

Lo mismo que Moisés experimentó la presencia de Dios en el Sinaí en medio de terroríficos fenómenos naturales, así también (aunque con significado diferente) Elías asiste a la teofanía en el mismo lugar. Moisés se convirtió en instrumento privilegiado de Dios en la constitución del pueblo, y Elías aparece como el reformador que sigue las huellas del predecesor.

A diferencia de lo que sucede en otras grandes teofanías, Dios se manifiesta a su profeta en una suave brisa, símbolo de la intimidad que mantiene con él.

Este texto nos invita a discernir sobre la presencia del Señor en nuestras vidas. No tenemos que esperar el golpe de viento huracanado, un terremoto o un fuego devastador. **La presencia del Señor es como un "susurro"**. Dios se revela en la sencillez de la vida. Quizá nos falte, como hizo Elías, un peregrinaje interior en estos días de verano.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 84,

R. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor: «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos.» La salvación está ya cerca de sus fieles, y la gloria habitará en nuestra tierra. R.

La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. R.

El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, la salvación seguirá sus pasos. R

2ª LECTURA: ROMANOS 9, 1-5

Hermanos:

Digo la verdad en Cristo; mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento. Siento una gran pena y un dolor incesante, en mi corazón, pues por el bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne, quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo.

Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Suyos son los patriarcas, de quienes, según la carne, nació el Mesías, el que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos. Amén.

Pablo siempre vivió con el drama del rechazo de su pueblo a la oferta de salvación del Señor Jesús. La solidaridad con sus hermanos de raza llega al punto de hacerle expresar un deseo imposible: experimentar en su persona la separación de Cristo y la maldición de Dios, con tal de que se salve el pueblo judío.

Pero no es sólo la voz de la sangre. Hay razones poderosas para pensar que los israelitas no pueden ser definitivamente rechazados por Dios. La más poderosa es que Cristo, el Salvador, *el que está sobre todas las cosas y es Dios bendito por siempre*, es israelita (Rom 9,5).

EVANGELIO: MATEO 14, 22-33

Una clave importante para leer este pasaje son las **dos modificaciones** que introduce Mateo sobre el relato paralelo de Marcos (Mc 6,45-52): el episodio de Pedro caminando sobre las aguas y el reconocimiento de Jesús como Hijo de Dios por parte de sus discípulos. Ambos detalles imprimen a este relato **un tinte claramente eclesial y un valor simbólico**.

Es la situación en la que se encuentra la comunidad de Mateo después de la resurrección de Jesús: él está lejos, mientras ellos se encuentran a merced del mar y de los vientos. Las olas y el mar representan en el A.T. **las fuerzas del mal que Dios vence** con su poder (Sal 77; Job 9,8; 38,16). Pero ahora es Jesús quien vence a esta fuerza maligna.

Su manifestación a los discípulos tiene todos los rasgos de **los relatos de apariciones**: la escena tiene lugar *de noche*, lo mismo que la resurrección del Señor; Jesús *viene a los suyos* (cf. Jn 20,19); los discípulos creen ver *un fantasma* (cf. Lc 24,37-38); finalmente, Jesús se presenta afirmando su identidad: **no temáis, soy yo**. Mateo sólo habla de la oración de Jesús en dos ocasiones: aquí y en Getsemaní (Mt 26,36-44); y en ambos casos su oración precede a un momento de prueba para los discípulos.

22-23a. *Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.*

Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar.

Jesús obliga a sus discípulos a embarcar. **Y cruzan hacia el territorio gentil.** Quiere alejarlos del escenario de la señal mesiánica y del contacto con la multitud. Él se encarga de despedirla. Ahora es el momento, después de haber saciado su hambre. Y fuerza a sus discípulos a que partan sin él; este rasgo introduce la secuencia del relato. El Cristo de Mateo sigue siendo el dueño de todos los movimientos de los actores.

Sube al monte solo a orar. Jesús goza de su silencio ante el Padre. Necesita dejar en sus manos todas las vivencias del día. La satisfacción por los “pocos panes y peces”, que se ha vuelto “mucho” mediante **la bendición y la solidaridad de los que no acumulan.** Pero está inquieto porque muchos no entienden cual es su misión. Y **la tentación del poder** nuevamente le ha acechado como en las Tentaciones en el Desierto (4,8-10)

La cámara del narrador enfoca casi simultáneamente la Montaña y el Mar. **Dos lugares simbólicos:** el del encuentro con Dios y el caos. En el lugar del caos veremos la gloria de Dios

23b-24. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario.

En esta escena idealizada, el viento representa las fuerzas hostiles del mundo. Éste es un mundo peligroso, que amenaza gravemente a los discípulos.

Pero la idea dominante no es el peligro en que se encuentran los discípulos, ni su inquietud. Mateo concentra su relato en la persona de Cristo, cuyos discípulos van a descubrir nuevamente, en el esfuerzo y la duda, su autoridad soberana y su voz apaciguadora.

25-27 De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo en seguida: -« ¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»

En la oscuridad de la noche, en la agitación de un mar levantisco, Jesús se aparece a sus discípulos. La cuarta vigilia (entre las 3 y las 6 de la mañana) es el tiempo bíblico de la intervención de Dios.

Podemos llamarlo Cristofanía, nos comenta Schökel, y emparejarlo con los relatos de la transfiguración y la pascua. Jesús domina los elementos (Sal 77,20), infunde paz y confianza con su presencia, con su palabra, con el contacto de su mano.

Mateo, nos comenta Francesc Riera, crea una catequesis sumamente bella y pedagógica, en la cual revela (retira el velo), para que el discípulo vea, **en la “carne humana” de Jesús, al Hijo de Dios.**

Esta catequesis, más allá de ecos históricos que pueda recoger, relata una “aparición pascual” adelantada, una escena simbólica cargada de significado: una “Teofanía” (manifestación fascinante

de Dios en toda su gloria) **en la fragilidad del Jesús histórico.**

Acaba de insinuar, en el episodio de los panes que Jesús renuncia a la gloria que le quiere dar la multitud. Ahora levanta el velo y muestra claramente su identidad. El que ha alimentado al pueblo en el Desierto es también el Dios de la salida de Egipto caminando sobre las aguas.

28-30 Pedro le contestó: - «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.» Él le dijo: - «Ven. Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: - «Señor, sálvame.»

Pedro desafía en cierto modo a Jesús. Lo llama «Señor» y le pide que «le mande» ir a él: cree en el poder «milagroso» de Jesús, no en la fuerza del amor. Pedro quiere «andar sobre el agua», participar de la condición divina de Jesús. Éste no duda y lo invita; todo el que lo sigue está llamado a acceder a la condición de hijo de Dios. Sin embargo, Pedro «ve» el viento, y siente miedo; esperaba la condición divina sin obstáculos, de manera milagrosa.

No teme porque se hunde, sino que se hunde porque teme. La actuación de Pedro es propia de Mateo, no se encuentra en Marcos. Estos versículos deben destacar la preeminencia de Pedro sobre los discípulos, como el evangelista hace frecuentemente.

Pedro es la figura que confunde el entusiasmo, un poco presuntuoso, con la fe, y no debe su salvación más que aun gesto salvador de Jesús, como le hace observar el Maestro.

31-33 En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: - «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?» En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él, diciendo: -«Realmente eres Hijo de Dios.»

Las manos de Jesús han sido instrumentos de curación (8,3.15; 9,18.25) y de identificación de los suyos (19,49). Ahora salva a un discípulo. La mano extendía de Dios libra al pueblo de la opresión y de la esclavitud (Ex 3,20), así como del agua y de otras dificultades. Por eso, tendiendo la mano para salvar a Pedro, Jesús hace de nuevo lo que Dios.

Dirige a Pedro un reproche porque no ha tenido suficiente fe en la palabra de Jesús para perseverar, ni ha confiado en su autoridad para vencer aguas y vientos tempestuosos. Su poca fe ha puesto de manifiesto que estaba aturrido y brumado.

La reacción de los discípulos es la típica de numerosas epifanías y salvamentos en el mar (Ex 14,31), pero muy diferente de la descrita en la anterior escena de la tempestad (8,27). Entonces se quedaron preguntando quien era Jesús. Ahora después de seis capítulos de acompañarlo y escucharle, entienden mucho más. Disciernen por las acciones de Jesús que él es Hijo de Dios.

3. PREGUNTAS...

1. LA BRISA SUAVE

La presencia del Señor, decíamos, es como un "susurro". Dios se revela en la sencillez de la vida. Quizá nos falte, como hizo Elías, un peregrinaje interior en estos días de verano.

Cada tarde, después del sofoco del día, hemos experimentado la **brisa suave** que acaricia, reconforta y recrea metáforas que nos trasladan a otras dimensiones de nuestro ser. Porque vamos por la vida **mirando** sin ver, **oyendo** sin escuchar, **olfateando** sin oler, **comiendo** sin saborear, **tocando** sin acariciar.

La oración y el encuentro con Dios, tan necesarios como el pan de cada día, nos abre a otras realidades insospechadas. Sentir cada tarde la **"suave brisa" de su presencia**, como un susurro, es fortalecer la confianza y el abandono a su voluntad.

Jesús, nos dice **el evangelio de hoy**, *después de despedir a la gente subió al monte a orar*. En medio de su intensa actividad cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad. Jesús vive desde la experiencia de un **Dios Padre/Madre. Es el centro de su vida**.

La oración para muchos de nosotros es algo ocasional y extraño en nuestra vida. Se nos está olvidando rezar. Solo recurrimos a ella en momentos difíciles y angustiosos, pero **no es algo importante y dichoso**. Incluso para los que estamos en tareas de evangelización no valoramos su importancia y corremos el peligro, si no oramos, de convertirnos en **"funcionarios"** más que en **testigos** de la fe y **animadores** de la comunidad.

En nuestra cultura, en la que solo se acepta el criterio preferente de **la eficacia y el rendimiento**, no es extraño que surja la pregunta: **¿para qué sirve rezar**, si lo importante es la acción, el esfuerzo y el trabajo? Lo decisivo son los resultados. Desde este pragmatismo, **la oración parece pertenecer al mundo de lo "inútil"**.

Y sin embargo **para Jesús es algo esencial**. Y nosotros como seguidores, como discípulos, tenemos que orar según **el espíritu y el estilo de Jesús**, animados por los mismos sentimientos y la misma actitud de Jesús ante el Padre. Siempre con esa confianza de hijos.

Y orar a un Dios Padre no infantiliza. Al contrario, nos hace más responsables de nuestra vida. No rezamos a Dios para que nos resuelva nuestros problemas. No es un instrumento mágico para ir satisfaciendo nuestras necesidades de forma fácil. **Pedimos que se "haga su voluntad" que es nuestro propio bien**.

Y volviendo a la "brisa suave" que nos narraba Elías, decir que toda oración verdadera comienza con un **"heme aquí Señor"**. Los maestros de la vida espiritual lo llamaban "ponerse en presencia de Dios". Se trata de "cambiar de nivel", dejar el mundo de la utilidad y de los intereses para **abrirse a la presencia de ese misterio que llamamos Dios**. Porque en lo más profundo de nuestra condición humana descansa "la espera de una presencia, el deseo silencioso de una comunión".

- **¿Qué llamadas me llegan desde lo profundo?**

2. EL MIEDO DE LA IGLESIA

Mateo quiere ayudar a su comunidad y también a nosotros hoy a **liberarnos de los miedos y de la falta de fe**. Bien es verdad que la persecución y la muerte estaban patentes en aquellas comunidades. Las "tinieblas de la noche", la "fuerza del viento" y el peligro de "hundirse en las aguas oscuras" era un reto real para aquellos primeros cristianos. **El imperio era poderoso y cruel**.

También en nuestras Iglesias, la grande y las pequeñas, nos asalta las tinieblas de la noche. No vemos salidas con este tedio del "siempre lo mismo" y **pastorales de "entretenimiento", no de crecimiento**. No hacemos atractiva la Palabra y el testimonio de la fe es frío y débil. La fuerza de vientos de poder y prestigio, de intolerancias y rechazos nos alejan cada vez más del Señor.

En cualquier momento nos podemos hundir si nos fijamos sólo en la **«fuerza del viento» y olvidamos la presencia de Jesús**. Ahora bien, si sabemos gritar como Pedro: **Señor, sálvanos**, podremos vivir una experiencia difícil de explicar a nadie. Sin saber cómo ni por qué, percibiremos a Jesús como **una «mano tendida» que sostiene nuestra fe**. Es en las crisis cuando aprendemos de verdad a creer en Jesús. **¿Lo hemos experimentado?**

3. EL MIEDO DEL DISCIPULO

Comentando este evangelio **Romano Guardini** (*El Señor*, p. 251) tiene un texto esclarecedor que no me resisto a copiarlo: "Cuando Jesús le dice: "¡Ven!" Pedro se pone en pie, salta por la borda, clava sus ojos en los del Señor, pone pie en el agua y resulta que no se hunde. Entonces cree y, por la fe, entra en el campo de esa fuerza que emana de Cristo. Pedro se mueve en el campo de esa fuerza y coopera con ella en lo que Cristo hace. Mientras mantiene su mirada fija en la del Señor; mientras su fe permanece unida en la voluntad del Señor, no se hunde. Después, disminuye la tensión de la confianza y se relaja; y entonces aparece su conciencia humana y percibe las fuerzas terrenales. Oye el ruido de la tempestad, siente el ímpetu de las olas. Ha llegado el momento de la prueba. En vez de agarrarse a la mirada del que tiene enfrente, se suelta. Entonces el campo de fuerzas se debilita y Pedro se hunde. Pero de la fe "que vence al mundo" brota un grito de indefensión: **"¡Señor, sálvame!"**. Y Jesús le dice: **"¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?"**.

Digámoslo con toda crudeza. La vida de fe significa reconstruir la conciencia de la realidad. Para nuestro sentir, dominado por el mundo, el cuerpo es más real que el espíritu, la electricidad es más real que una idea, el poder más real que el amor, la utilidad más real que la verdad. Y todo ello junto, - **"el mundo"**-, es incomparablemente más real que Dios. ¡Qué difícil es, incluso en la oración, sentir a Dios como real! La vida en la fe, el trabajo en la fe, la práctica de la fe, tienen que transformar nuestro modo de percibir la realidad".

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>